

Roger Bartra

Transición democrática, transición cultural

Guadalupe Alonso

Roger Bartra es uno de nuestros pensadores más penetrantes y certeros. Recientemente en la FIL recibió el Premio Nacional de Periodismo Cultural Fernando Benítez. Crítico tanto del autoritarismo de la izquierda como de los modelos neoliberales, Bartra es, entre otras cosas, un estudioso de la cultura. En esta entrevista nos ofrece un retrato hablado del México contemporáneo.

Autor de La jaula de la melancolía, La democracia ausente y El duelo de los ángeles, entre otra decena de títulos, Roger Bartra se reconoce con múltiples identidades: antropólogo, etnólogo, sociólogo, escritor, ensayista, periodista. Hijo de exiliados catalanes, ha colaborado, además, en el cine y la televisión. Es investigador emérito de la UNAM, académico y catedrático en varias universidades. En 1996 recibió el Premio Universidad Nacional y en 2009, el Premio Nacional de Periodismo Cultural Fernando Benítez, reconocimiento a una labor que se ha nutrido de su experiencia en la antropología y que ha

desarrollado desde diversos foros a lo largo de más de cuarenta años.

Uno camina por la vida con varias identidades y el periodismo ha sido para mí un complemento muy importante al trabajo de investigación académica, al trabajo de escribir ensayos. A veces en las universidades, en la academia, se sospecha del periodismo, que quita tiempo, que estorba, que no permite la concentración. En mi caso ha sido todo lo contrario, me ha permitido una apertura y un estímulo para mi trabajo como escritor, ensayista e investigador. Cuando estaba en el ba-



Roger Bartra

chillerato dirigí el periodiquito de los estudiantes del colegio donde estudiaba, pero más seriamente, en los años sesenta, mientras estudiaba antropología, tenía una columna semanal o quincenal, según la temporada, en el suplemento cultural “El gallo ilustrado”, del diario *El Día*. Ahí no hablaba de temas políticos porque en aquella época estaba prohibido. Yo era un militante de izquierda y mis opiniones no tenían cabida en los periódicos, escribía sobre arqueología prehispánica, Teotihuacan, los aztecas, los mayas, los tarascos. Ése fue, digamos, mi primer experimento como colaborador constante manteniendo una columna en un diario. Fue un buen ejemplo de esta combinación tan buena entre el trabajo de difusión del periodismo cultural con el de la arqueología, nunca me estorbó, al contrario, me estimulaba. Años después tuve otras experiencias, una columna en el *uno más uno*, otra en *La Jornada* y, desde luego, mis experiencias como director de revistas, que también fueron muy importantes.

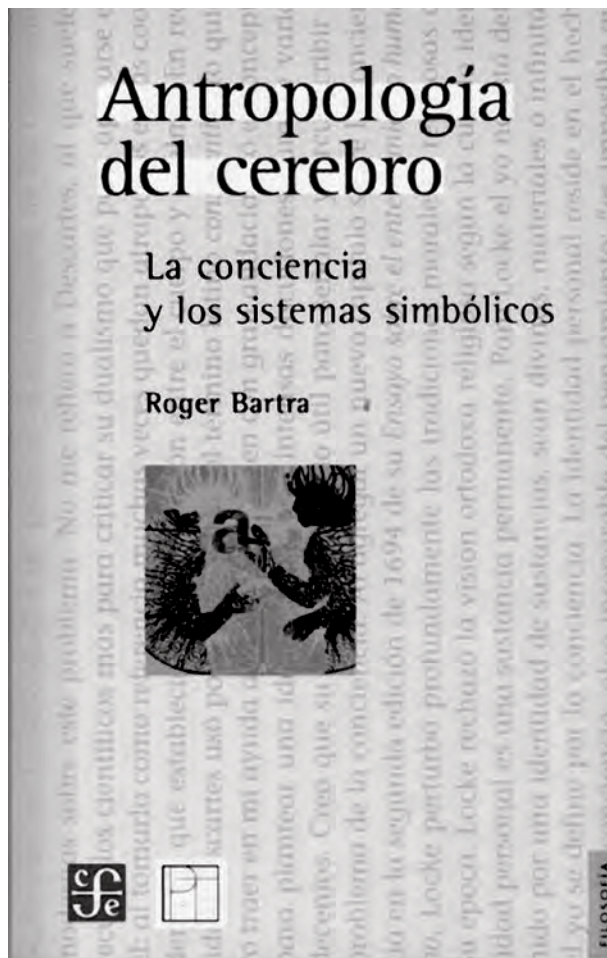
¿Cómo llegaste a *La Jornada Semanal*?

Cuando Fernando Benítez renunció a la dirección de *La Jornada Semanal*—en aquella época era un suplemento del tamaño del diario— el director, Carlos Payán, me invitó a que me hiciera cargo de un suplemento que tuviese formato de revista y así fue. Cuando entré a dirigir *La Jornada Semanal* se hizo una revista engrapada con portada a color. Fue la primera vez que se hacía algo así en México y allí estuve durante seis años. Ésa fue, quizá, mi más larga experiencia en el periodismo cultu-

ral. Antes había fundado y dirigido una revista de cultura política, *El Machete*. Era una edición de gran tiraje en épocas en que la democracia no llegaba al país y resultaba muy difícil publicar una revista de izquierda, muy crítica, para venderse en los puestos de periódicos, pero en fin, lo logré y fue una experiencia muy importante, un antecedente a mi trabajo de varios años en *La Jornada*.

Por supuesto la situación de la prensa en aquellos tiempos era muy diferente a lo que vivimos ahora. ¿Qué se ha perdido y qué se ha ganado desde entonces en el periodismo cultural?

Bueno, se ha perdido esa experiencia del periodista cultural que nada a contracorriente. Eso significaba un estímulo para crear espacios de divulgación literaria, artística y cultural que son un remanso, un sitio de tranquilidad y de apertura en medio de una prensa, como se decía en la época, vendida, pues toda dependía del gobierno, era una prensa censurada, amordazada, fue una época muy difícil. Digamos que ahora no tiene esa mística de lucha emprendida desde una revista o un suplemento. En ese sentido se ha perdido bastante, pero se ha ganado libertad. La censura gubernamental ya no existe, vivimos en condiciones democráticas de gran apertura y además hemos ganado otra cosa: ahora los medios culturales, los escritores, los investigadores han invadido otras secciones. Posiblemente la mitad de los editoriales están hechos por escritores, investigadores, académicos, universitarios, eso era impensable en los tiempos del antiguo régimen autoritario. Creo que hemos ganado más de lo que hemos perdido.



¿Esto significa que el periodismo cultural juega hoy en día un papel importante en la formación de la opinión pública?

Definitivamente, creo que la cultura ha penetrado los medios políticos. Los escritores, ligados a los círculos culturales, literarios, artísticos, están incidiendo en la política. Esta confluencia del intelectual en la política es saludable porque estimula algo que en otros países se está extinguiendo que es la figura del intelectual público, el intelectual que siente responsabilidad por hacer crítica, por señalar problemas, por opinar. Se le ha llamado despectivamente una “opinocracia”, hasta cierto punto, pero es un fenómeno básicamente saludable. Canalizar la fuerza de opinión procedente de los medios culturales, intelectuales y académicos a los espacios políticos, eso es algo que antes no existía.

En tu caso la labor periodística ha sido, en buena medida, un ejercicio en el que se vinculan la política y la cultura.

Para mí ha sido fundamental enlazar la cultura y la política, no sólo por el hecho de que necesitamos una clase política más culta, más leída, más preparada, sino también porque la transición democrática misma requiere de una transición cultural. No solamente se trata de cambiar la legislación, de cambiar algunas de las instituciones con base en nuevos códigos, es necesaria también una nueva cultura política, una cultura cívica, democrática que consolide lo que se ha ganado a nivel electo-

ral, legislativo, una cultura que intente dar un salto en el desarrollo del país, que es algo urgente. Un salto económico, desde luego, salir del atraso, salir del subdesarrollo, salir de la miseria y avanzar gracias al impulso de una cultura política, eso me parece fundamental.

¿Cómo ha contribuido la antropología en tu labor periodística?

Soy periodista, sociólogo, antropólogo, etnólogo. He considerado central en mi vida el punto de vista de la antropología. Permite una visión muy amplia y se basa en una concepción polifacética y vasta de la cultura, no como un fenómeno de élite, sino como una expresión de valores y símbolos que permea a toda la sociedad. Por lo tanto, el ejercicio del oficio de antropólogo me ha ayudado mucho en otras labores que he emprendido, entre ellas la de periodista. El periodismo cultural entendido desde el punto de vista de la antropología implica una concepción de la cultura que no es solamente la cultura literaria, artística, musical, sino algo bastante más amplio. Eso ha sido fundamental.

En el caso de los intelectuales, ¿cuál debería de ser su papel frente al Estado y la sociedad?

La labor de los intelectuales mientras más diversificada sea, mejor. No quisiera decir que hay que impulsar al intelectual político, al intelectual público por encima del intelectual elitista, separado, reflexivo o encerrado en la academia. Todas las expresiones de la intelectualidad son importantes, son útiles y no creo que debamos exaltar ninguna en especial ni despreciar ciertas formas. El académico que se encierra en su torre de marfil es tan valioso como el intelectual público que sale a defender determinadas causas en la televisión, en los diarios. Creo que lo hay que impulsar son las diferentes expresiones de intelectualidad.

¿Consideras que al periodismo cultural se le ha otorgado el lugar que merece tanto en la prensa como en los medios electrónicos?

Me parece que el periodismo cultural ha vivido, en los últimos años, una situación compleja y contradictoria. En cuanto hay problemas de presupuesto, de financiamiento, lo primero que se recorta es la cultura. Eso, en las esferas gubernamentales, en periódicos y revistas, es la tragedia que vivimos cotidianamente. Es algo muy desgraciado. Se compensa un poco por la invasión de quienes nos dedicamos a la cultura en los espacios políticos, pero creo que no es suficiente, así que la situación es difícil.

En un mundo globalizado donde las reglas las dictan los grandes monopolios, ¿hay lugar para el periodismo independiente? ¿Cómo ves el caso de México?

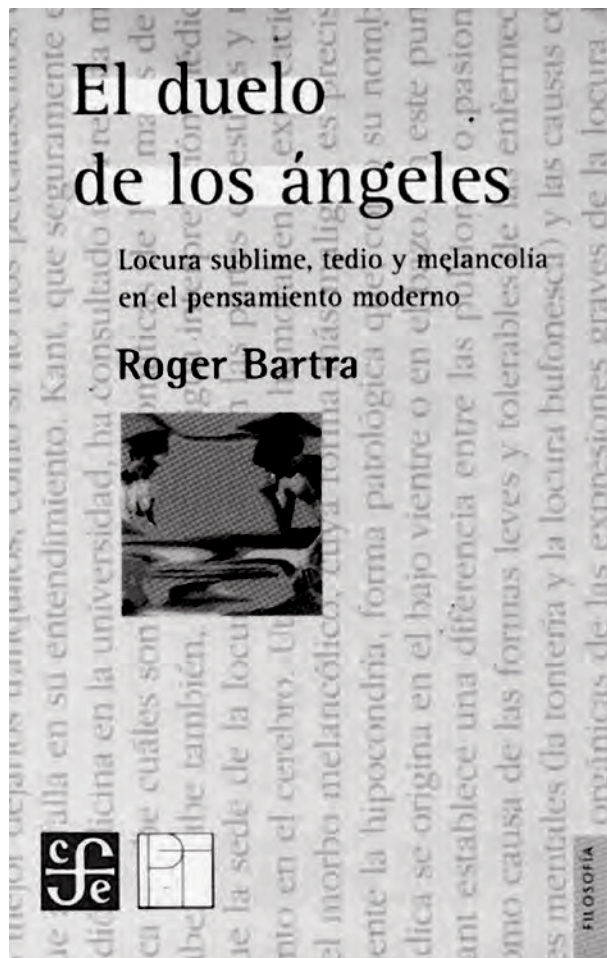
El periodismo independiente sufre mucho y ha quedado bastante marginado. Las condiciones han cambiado, se han expandido los grandes monopolios y posiblemente las mejores expresiones del periodismo independiente se encuentran hoy en día en Internet. Es un espacio inmenso, global, muy libre, abierto a miles de expresiones. Entonces buena parte de lo que se solía llamar periodismo independiente se ha refugiado en la red. Aparentemente es una marginación, pero no estoy tan seguro porque allí hay un gran potencial. Hay que ver, por ejemplo, el fenómeno del *blog* como expresión del periodismo independiente, esto ha adquirido gran importancia porque en países donde no hay libertad política puede llegar a ser un espacio de crítica y reflexión. Eso sucede en Cuba, en China, donde los escritores que publican en *blogs* son perseguidos del mismo modo como solía suceder con el periodismo independiente. Así que he visto un traslado a esos sectores, pero de todas maneras existen, en México y en el mundo, expresiones periodísticas contraculturales, críticas, marginales hasta cierto punto, pero muy independientes.

¿Qué le auguras al periodismo cultural en el futuro próximo?

El periodismo cultural está cambiando intensamente. A veces las secciones de cultura sufren mucho, pierden espacios, pero los ganan en otros medios. Creo que ahí hay una expansión, todavía no podemos valorar realmente la importancia de este cambio, pero creo que es un cambio fundamental y que tiene un futuro promisorio.

Hay otra faceta de tu trabajo que resulta de gran relevancia, me refiero a la extensa investigación que has dedicado al tema de la melancolía, un tema que te ha llevado a profundizar sobre la identidad, en particular la de los mexicanos.

Mi interés por la melancolía se intensificó cuando hacía las investigaciones para mi libro *La jaula de la melancolía*, sobre la identidad nacional en México, sobre el carácter nacional mexicano. Ahí descubrí una veta muy interesante, descubrí cómo el tema de la melancolía, la tinta negra de la melancolía, se podría decir, era utilizada para delinear el perfil del mexicano, del auténtico mexicano; parecía como si las aguas negras de la melancolía saliesen de la fuente originaria fundacional de la nacionalidad mexicana. Con el tiempo me di cuenta que no sólo era importante para definir la identidad nacional del mexicano, sino que la melancolía era la tinta negra con la que se dibujaba la identidad nacional francesa, portuguesa, española, brasileña, argentina, etcétera, es decir, una situación paradójica y contradictoria. La melancolía, la misma melancolía, ese mismo sufrimiento por la pérdida de orígenes, constituía la base de la identidad nacional de diferentes cul-



turas muy distintas entre sí. Entonces, eso despertó mi interés por seguirle la pista. ¿De dónde venía esta idea? Descubrí que la melancolía tenía una historia milenaria interesantísima que me propuse seguir paso a paso y hacer investigaciones sobre todo en sus expresiones españolas porque no se habían estudiado con la misma profundidad que en países como Francia, Inglaterra o Alemania. Sigo interesado en el tema, creo que descubrí una veta cultural de gran alcance, de mucha profundidad, de larga duración.

¿Cómo se cristaliza la melancolía en la sociedad actual?

La identidad nacional del mexicano ha sido caracterizada por una mezcla de melancolía y metamorfosis, de espíritu conservador y de deseos de cambio y progreso. Para eso, por un lado, se han utilizado las imágenes del indio agachado, del campesino marginado, triste, holgazán, poco interesado en trabajar y, por el otro lado, el progreso, donde está el contraste del hombre fáustico de las ciudades, del emprendedor, del obrero, del hombre nuevo que la Revolución supuestamente impulsó. Esta dualidad ha permeado en diferentes momentos y de diferente manera las caracterizaciones de la identidad nacional del mexicano, pero es increíble que a través del tiempo mantengan una gran estabilidad. Se pueden ver reportes de viajeros extranjeros o de escritores mexicanos de mediados o finales del siglo XIX



que ya están caracterizando a los mexicanos de esta manera polar. Lo mismo que se hizo después en los años veinte, lo mismo que hicieron los muralistas o Vasconcelos, hasta culminar con *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz. En todos los casos, y desde perspectivas ideológicas y políticas diferentes, tenemos esta expresión del mexicano como una dualidad ligada, por un lado a la tristeza y a la melancolía y, por el otro, al progreso y a la metamorfosis.

Dentro de estos parámetros, ¿cuál sería tu diagnóstico de la sociedad en el siglo XXI?

Yo diría que hemos descubierto que la identidad nacional del mexicano no existe, es una fantasía, una ilusión, tenemos muchas identidades y hay que impulsarlas todas pues resulta nefasto impulsar sólo una forma de ser mexicano. Y creo que la comprensión de esta nueva situación está ligada a la transición democrática. De alguna manera la transición ya fue impulsada, por ejemplo, por un alzamiento indígena en Chiapas, los zapatistas, quienes les enseñaron a todo el país que había otras formas de ser mexicanos, no solamente la del llamado mestizo y la del llamado indígena, sino muchísimas más. Se destapó el tema y esto erosionó profundamente el nacionalismo revolucionario, sustento cultural del autoritarismo en México. Así que estamos ante una nueva situación.

¿Sobre esta transición, qué destacarías de los últimos años en México, tomando como punto de partida las elecciones

de 2006 y de cara a las celebraciones de la Revolución y la Independencia en 2010?

Creo que de 2006 para acá y hasta el 2010 que ya está en puerta, hemos vivido unos años de bastante tensión. Ha sido un periodo difícil y mucho me temo que va a desembocar en una situación muy asfixiante. El incienso de estas celebraciones posiblemente nos atosigue. Creo que habrá más fiesta y más cohetes que reflexión, aunque espero que se logre colar un poco de crítica y análisis entre toda esta humareda. Por lo general, los bicentenarios, los centenarios son incómodos y no han resultado muy propicios para la reflexión, me extrañaría que ahora lo fuesen.

¿Qué te provoca haber recibido un reconocimiento que lleva el nombre de una de las figuras más emblemáticas del periodismo cultural en México?

Continué la labor de Benítez en *La Jornada Semanal* y recibir un homenaje con el nombre de Fernando Benítez es muy emocionante porque incluso ese nombre forma parte de mi infancia. Mi padre era poeta, escritor, y colaboraba en el suplemento que hacía Fernando Benítez. Él era una presencia tremenda en la cultura mexicana, así que cuando yo, digamos, heredé su puesto, me sentí muy honrado y ahora al recibir este homenaje en la FIL, pues mucho más. Me sorprendió porque uno a veces se olvida de las identidades que ha tenido, yo me había olvidado que había sido, durante largas temporadas de mi vida, un periodista cultural, así que este rescate me da mucho gusto y que vaya asociado a la figura de Fernando Benítez, me emociona. **U**